

REVISTA TODOP

Dossier

FEMINISMO ENTRE LA IGUALDAD Y LA DIFERENCIA



INSUMISOS:
PLANTEAL ESTADO

UNIVERSIDAD:
LA LEY DEL SILENCIO

PSOE:
UN SOCIALISMO VOLÁTIL

SIETE MANDAMIENTOS
CONTRA EL FASCISMO

ARTE Y CIENCIA
EN PARÍS



MARZO 1994 • NÚMERO 73 • 500 PTAS.

330200

15.09
P981
41.00

MEMORIA DE UNA ILUSTRACIÓN OLVIDADA

ALICIA H. PULEO

3429

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GÉNERO U.N.A.M.

Noche de sábado. En el metro, un grupo de adolescentes sentados en rigurosa segregación en función del sexo se divierte. Ellos ensayan su papel viril. Los gestos rudos, masculinos, a la Humphrey Bogart en *Casablanca* evidencian su carácter de máscara por la todavía imperfecta asunción del papel. Falta ejercicio. En unos años, la impostación será total. Ellas son toda risa y sonrisa, seducción femenina. Madonna y otras versiones actuales de la *femme enfant* transgresora del viejo surrealismo les han enseñado los trucos inmemoriales de un colectivo, carente de poder, pero ansioso de enamorar y de, más tarde, ejercer su influencia (esto es, un poder no reconocido como legítimo y ejercido por la mediación del otro).

Al llegar a la estación de destino se marchan todos juntos, porque se conocen, son "amigos", aunque a la hora de elegir asiento, si no se trata de un lígüe, lo hagan por grupos de sexo, como en el instituto. Me parece estar viendo una escena de la adolescencia de mi propia generación. Los mismos estereotipos de sexo con muy pocas variaciones subyacen tras las modas cambiantes. No es de extrañar, si tenemos en cuenta que en los años ochenta los medios de comunicación de masas, la publicidad y el cine americano se pusieron a la cabeza de la *reacción* ante los avances del feminismo. En EEUU, diez años después de la segunda ola de este movimiento social, se les dijo a las mujeres que la igualdad ya estaba alcanzada, mientras la política neoliberal y conservadora iba eliminando las medidas de acción positiva destinadas a mejorar la situación del colectivo femenino que habían sido puestas en funcionamiento por la presión del feminismo de los setenta.

Pero la persistencia de los estereotipos masculino y femenino tiene también otra causa que no está desligada de la ya nombrada, pero que es más

Dibujo de Ernesto Fontecilla

1 Estereotipos
2 Feminismo
27 EL VIEJO
TOPO

difícil de detectar: nuestra propia resistencia cotidiana a un cambio que parece afectar, en muchos casos, los cimientos de la identidad personal misma.

¿Quién le teme al feminismo? Todavía muchos, incluso en las filas de la progresía. En ella, sólo algunos pocos supieron y saben ver el potencial de transformación revolucionaria que el feminismo significa para nuestra especie en su conjunto. El término *feminismo* asusta, y todavía muchas mujeres se creen obligadas a renegar públicamente del feminismo para hacerse perdonar su intromisión en los espacios tradicionalmente masculinos de las letras, las artes, la política o la ciencia.

Sin embargo, como señala Amelia Valcárcel, muchas reivindicaciones feministas de los setenta son hoy simplemente calidad de vida, y nadie, ni siquiera sus antiguos adversarios (a excepción, claro está, de algunos fundamentalistas), desearía vol-

ver a la situación anterior. Pero ocurre como con el sufragismo, una vez conseguido el voto tras más de medio siglo de luchas, todos olvidan que fue el promotor de lo que a partir de ese momento se considera "normal".

El feminismo es pensamiento crítico aplicado a la realidad social en todos sus aspectos: tanto a lo que los sociólogos consideran "macronivel", es decir, grandes sistemas políticos, económicos, ideológicos, como al "micronivel", o relaciones de persona a persona y fenómenos psíquicos internos configurados por la sociedad. Espacios que habían sido considerados como "privados" y "naturales", es decir, "no políticos", fueron señalados por el feminismo como arena en la que se entablan luchas de poder y se despliegan estrategias de dominación. La familia fue foco de atención privilegiado para este análisis.

A principios de los setenta se esbozan algunas de las categorías principales con las que operará la hermenéutica feminista. Una de ellas es la noción de *género-sexo*. Con este concepto se alude al carácter construido, cultural, de lo que cada sociedad considera masculino o femenino. Así, y esto es muy claramente presentado por Kate Millet en su famosa *Política sexual*, mientras que *sexo* se refiere a las características anatómicas, *género* o *género-sexo* apunta al rol, estatus y temperamento que se consideran propios del sexo identificado al nacer. El rol es la conducta y las funciones que se esperan de un individuo por haber sido identificado como hombre o mujer según su sexo anatómico. A su

vez, las conductas habituales, las tareas asignadas a cada sexo generan un temperamento estadísticamente propio de hombres y mujeres (el desempeño de los primeros en el espacio de lo público intensifica las características de competitividad o agresividad, entre otras, las tareas nutricias de las mujeres facilitan el desarrollo de actitudes de ternura y cuidado). Tal temperamento será considerado "natural". El estatus es el rango, la jerarquía reconocida por la sociedad instalada en el prejuicio de la superioridad masculina.

La sospecha acerca del carácter social y construido de la identidad de género inscribe al feminismo en el legado emancipatorio de la Ilustración. Como mostrara Cèlia Amorós, el feminismo "como cuerpo coherente de vindicaciones sólo pudo articularse teóricamente (...) a partir de las premisas ilustradas" procediendo a una radicalización

del paradigma ilustrado de igualdad y autonomía. Esta radicalización y universalización (extensión a todos los seres humanos y no sólo a la mitad de la especie) se produce tempranamente con la obra del cartesiano Poulain de la Barre en el siglo XVII.

Antes de Poulain, el tema de las diferencias entre los sexos era tratado de forma tópica por misóginos y "defensores de las damas" en curiosas y múltiples obras que se contestaban unas a otras con argumentos tomados de la Biblia, de la tradición o de la mitología. Así, mientras unos acusaban a las mujeres de ser causantes de la pérdida del Paraíso y la Caída, otros afirmaban que Eva no sabía que estaba prohibido comer la manzana ya que la orden la había recibido sólo Adán y, por lo tanto, sólo él era culpable. Agrippa Von Nettesheim, filósofo y mago del Renacimiento, es uno de esos autores de obras sobre "la excelencia" de las mujeres. Contra los argumentos de los inquisidores, que afirmaban que las mujeres tenían una natural tendencia hacia lo demoníaco y hacia la impudicia, no duda en sostener que la sangre menstrual tiene cualidades tan prodigiosas como la de detener tempestades o apagar incendios, y que una prueba del natural pudor femenino es que las ahogadas flotan mirando hacia abajo, ocultando sus partes, mientras que los hombres, naturalmente impúdicos incluso cuando muertos, flotan con el pecho hacia arriba.

Estos argumentos, que hoy nos hacen sonreír, muestran que la polémica sobre los sexos cobra

Muchas generaciones leyeron en Rousseau que "toda la educación de las mujeres debe estar referida a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean mayores, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce: estos son los deberes de las mujeres".

una forma totalmente distinta con el paradigma ilustrado de igualdad aplicado consecuentemente por vez primera a este tema con la pluma de Poulain. Ya no se tratará de demostrar la excelencia y superioridad de uno u otro sexo apelando a virtudes que le son propias (coraje masculino, bondad femenina, etc) sino que, sobre la base de la común posesión de la facultad de razonar, se pide la igualdad de derechos y se denuncia la injusticia de un sistema que excluye a las mujeres de la educación, el gobierno, las profesiones y otras actividades prestigiosas. La lucha contra el prejuicio, iniciada por Descartes en el plano epistemológico, se extiende con Poulain al ámbito de lo social. La razón se atreve ahora a juzgar las costumbres y a subrayar la ilegitimidad del orden sexual existente.

De esta forma, destaca Cèlia Amorós, se realiza con Poulain de la Barre el paso del racionalismo cartesiano no comprometido con la crítica social al pensamiento ilustrado que combate el prejuicio atrincherado en las tradiciones, en la inercia de las costumbres. Recordemos la batalla de los ilustrados contra el fanatismo religioso y a favor de la tolerancia.

En el clima intelectual postmoderno que vivimos son frecuentes las diatribas contra la Ilustración. Sin embargo, debemos recordar que ésta tiene, como señalara Javier Muguerza, dos caras: una emancipatoria y la otra positivista. A la primera debemos la articulación de un feminismo que llega hasta nuestros días: el feminismo de la igualdad.

En nombre del derecho natural, los integrantes del pueblo llano impugnaron los privilegios de los nobles durante la Revolución francesa, los antiesclavistas exigieron la abolición de una práctica vergonzosa y los feministas del XVIII atacaron la supremacía masculina escribiendo textos como el que sigue: "sería difícil demostrar que la autoridad del marido proviene de la naturaleza ya que este principio es contrario a la igualdad natural de los hombres y de la sola capacidad de mandar no se deriva el derecho de hacerlo efectivamente".

Pero esta vertiente feminista de la Ilustración será cuidadosamente ocultada y olvidada, ya que el modelo político que se impondrá con los teóricos del contrato social exigirá una mujer doméstica que libere al ciudadano de las preocupaciones y tareas del ámbito privado para que éste pueda dedicarse al ámbito de lo público. Kant, que definió a la Ilustración con el lema *sapere aude* -atrévete a saber y, de esta manera, a guiar tu conducta

Para quienes el término igualdad sugiere un futuro de pesadilla poblado de seres clónicos y despojado de la seducción de la diferencia, quiero precisar que el feminismo de la igualdad pretende, por el contrario, la eclosión de las individualidades, una vez liberados, hombres y mujeres, de los estereotipos de sexo.

por tu propia razón, independientemente de toda autoridad externa- afirmó que una mujer que realizara estudios superiores sería algo tan ridículo como una mujer barbuda. Muchas generaciones leyeron el libro V del *Emilio*, en el que Rousseau dice: "toda la educación de las mujeres debe estar referida a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean mayores, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce: éstos son los deberes de las mujeres de todos los tiempos y lo que ha de enseñárseles desde la infancia". Pero casi nadie supo que el subdirector de la *Enciclopedia*, el filósofo y matemático D'Alembert, criticó fuertemente estas tesis de Rousseau y sostuvo que una educación "más extendida y homogénea" cambiaría totalmente la relación entre los sexos al mostrar que lo supuestamente natural era fruto de una civilización represora que actuaba sobre las mujeres como los jardineros en los parques franceses: podando e imponiendo formas inexistentes en la naturaleza.

En ocasiones, el olvido se consigue con la pena de muerte. Olimpia de Gouges será guillotizada en 1793, durante el Terror. El trágico final de esta autora de una *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana* que buscaba subsanar la falsa universalidad de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789 fue puesto por un periodista de la época como ejemplo de lo que sucedería a las que pudiesen "haberse olvidado de cuáles son las virtudes de su sexo". Ese mismo fatídico año de 1793, son prohibidos por decreto en Francia los clubes políticos de mujeres. Estas deberán esperar mucho más de un siglo para ver reconocidos sus derechos como ciudadanas.

En 1949, *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, obra revulsiva que prepara el surgimiento de la segunda ola del feminismo, se abre con una cita de Poulain de la Barre: "Todo lo que ha sido escrito por los hombres sobre las mujeres es sospechoso, ya que ellos son a la vez juez y parte". Esta será la manera en que esta filósofa reconozca las fuentes teóricas del feminismo, rescatando a un autor olvidado que, sin embargo, había conocido el éxito tres siglos antes, en especial por la cálida acogida que le diera el movimiento de las "preciosas", profeministas olvidadas y menospreciadas.

La célebre frase de Simone de Beauvoir, "No se nace mujer, se llega a serlo", se inscribe en la crítica ilustrada al prejuicio. Hoy añadiríamos:

"Tampoco se nace hombre, se llega a serlo". El desarrollo del análisis del sistema de género-sexo ya no atiende preferencialmente a la construcción del sujeto femenino, sino que busca identificar los mecanismos de constitución de ambos géneros. Masculino-femenino, y hasta la sexualidad misma en tanto construcción discursiva, son producto de una dialéctica de los sexos, resultado de una relación social entre colectivos de género.

Para quienes el término *igualdad* sugiere un futuro de pesadilla poblado de seres clónicos y despojado de la seducción de la diferencia, quiero preci-



sar que el feminismo de la igualdad pretende, por el contrario, la eclosión de las individualidades una vez liberados, hombres y mujeres, de los estereotipos de sexo. Consecuentemente, y por una razón de elemental justicia, pide una verdadera igualdad de oportunidades que se plasme en la realidad concreta a través de una serie de políticas de acción positiva.

Hoy, fruto de su expansión e integración académica, el feminismo es plural, como plurales son las teorías en las ciencias humanas. Entre sus diversas manifestaciones, es imprescindible el diálogo y la discusión. En ocasiones, estos se tornan difíciles cuando las premisas de que se parte son opuestas, como es el caso de los llamados feminismos de la diferencia frente al feminismo ilustrado o feminismo de la igualdad. Pero aunque el acuerdo teórico no sea posible, siempre puede y debe intentarse la unión para políticas concretas que favorezcan los intereses de las mujeres, colectivo en clara desventaja con respecto al de los hombres si tomamos en consideración las cifras referentes a

empleo, a distribución de los recursos (recorremos el fenómeno de *feminización de la pobreza*) o a derechos humanos (el Informe Anual de Derechos Humanos, presentado en la primera semana de febrero por el Departamento de Estado norteamericano, mostraba que las mujeres son las principales víctimas de la violencia en el mundo). Con respecto a esto último, aparte de la dosis de misoginia, no hay mayor misterio. Ya señalaron Adorno y Horkheimer que mujeres, animales y minorías étnicas eran blanco privilegiado del odio. Quien carece de poder se convierte fácil-

mente en receptor de la agresividad proveniente de cualquier causa ajena a él (para una demostración práctica, asistir a la tortura y masacre de animales en algunas fiestas populares de pueblos).

La violencia de los grupos de "cabezas rapadas" con los que resurge el fantasma del nazismo responde a causas políticas y económicas. Sin embargo, tiene también otro componente, generalmente ignorado: la exaltación de la virilidad, la intensificación hasta el límite del estereotipo masculino en su faz más siniestra en tanto poder de destrucción.

El panorama inmediato presenta además otros signos inquietantes. La crisis europea del Estado de Bienestar amenaza particularmente a las mujeres. Al privatizarse ciertos servicios sociales, las menos acomodadas podrían tener que volver a asumir cargas que les fueron asignadas tradicional-

mente. También podría haber intentos de resolver el problema del desempleo con cánticos a la maternidad y a la mujer doméstica.

Para conjurar "el eterno retorno de lo mismo", el feminismo de la igualdad propone profundizar en la crítica a los estereotipos de género que hasta ahora han configurado nuestra historia. Esto implica continuar el trabajo de análisis en el plano teórico, promover nuevas actitudes en la educación, asumir la defensa del Estado de Bienestar y marchar hacia una democracia paritaria que radice el sistema de cuotas hasta alcanzar un 50 por ciento de representación política.

Aunque estemos en la postmodernidad y ya no podamos creer en un fin predeterminado de la Historia, podemos participar en la construcción de un futuro en el que los sexos se relacionen en igualdad y libertad •

Alicia H. Puleo es profesora del Instituto de Investigación Feminista de la Universidad Complutense de Madrid